www.elboomeran.com

I

Entre el cielo oscuro y el mar, como si de un velo se tratase, se alzaba la inmutable luz de la luna, redonda y brillante sobre el horizonte. En los árboles del jardín, igual que un enjambre de colibríes de fuego llegados de no se sabe dónde, se balanceaban unos farolillos de colores que parecían colgar de alambres invisibles. Desde el escenario, excesivamente iluminado, la silueta negra y extravagante del director de orquesta, que agitaba con gracia las manos y los faldoncillos del frac, se afanaba en dirigir su vuelo hacia algún lugar. Los sonidos de un violín se propagaban livianos y misteriosos en todas direcciones, precipitándose desde los árboles hacia la orilla, hechizada por la luz lunar como una armoniosa filigrana.

Tras cruzar sus manos robustas sobre el frío mármol de la mesita, Mizhúyev miró en silencio a uno y otro lado, melancólicamente. Al dirigir la vista al escenario, todo le parecía agitado, insignificante, estúpidamente ruidoso; pero cuando se giraba hacia el mar, el conjunto adquiría un ensoñador aire de libertad, una serenidad grandiosa. Su poblada barba castaña y sus hombros fornidos avivaban la idea de una fuerza tremenda y una firme voluntad; sus ojos, en cambio, parecían agotados, hundidos, como los de los condenados a muerte.

En la mesa contigua, un grupo de señores tocados con sombreros claros, a los que acompañaban unas elegantes y hermosas damas, celebraban algún acontecimiento. Reían escandalosamente, haciendo entrechocar sus copas, estrechas como libélulas, mientras bromeaban sin descanso, elevando la voz con cada agudeza y sin dejar de mirar a Mizhúyev. No lejos de allí, inclinados hacia delante y sosteniendo bajo el brazo sus blancos paños, permanecían en pie unos camareros que tampoco apartaban los ojos de él, como si estuvieran dispuestos a salir corriendo para arrojarse al mar en cuanto se lo ordenase.

Mizhúyev lo veía todo, pero no reparaba en nada. En otro tiempo, aquello le hubiera servido de distracción, pero ahora solo le importunaba y le resultaba tan corriente como el aire, del que resulta imposible escapar.

—Theodore, ¿por qué estás tan aburrido hoy? —le preguntó Maria Serguéyevna, acariciando tímidamente con un dedo el brazo del hombre.

Llevaba un llamativo vestido que dejaba sus piernas ligeramente al descubierto; sobre sus oscuros cabellos se balanceaban las flores de color rosa pálido de su sombrero, que contrastaban con las mejillas teñidas de colorete, los labios carmesí, y aquellos ojos centelleantes.

Despacio, como un buey enfermo, Mizhúyev volvió hacia ella su lúgubre rostro y se mantuvo callado.

Estaba tan hermosa como siempre y, a través de aquel negro tejido de encaje, su cuerpo lucía soberbio. Al mirarla, todos los hombres sentían aflorar la viva ilusión de imposibles y fantásticos deleites. Sin embargo,

el que Maria Serguéyevna hubiera perdido su nombre anterior y ahora se hiciese llamar Mary; el hecho de que a él hubiese dejado de tratarle de usted y de llamarle Fedia para tutearle y rebautizarle como Theodore; y, en último término, el que hubiera abandonado a su esposo para comenzar a vivir juntos, había consumido en Mizhúyev una, hasta hacía poco, devoradora pasión, provocando que, en ocasiones, prendiera en él una cólera inexplicable.

Incluso cuando, excitado por su complaciente cuerpo desnudo, la tomaba con ferocidad, ya no sentía la alegría de antaño. Tan solo experimentaba un placer banal. Daba la sensación de que estuviera vengándose de ella, aunque resultaba evidente que en realidad era él quien sufría. Pero Maria Serguéyevna conocía el origen de aquel pesar, y sus ojos habían adquirido una expresión medrosa, como si no se atrevieran a suplicar clemencia.

—Vayámonos —dijo escuetamente Mizhúyev antes de incorporarse, atrayendo hacia sí todas las miradas.

Maria Serguéyevna se levantó con premura y fue a su lado, haciendo alarde de esa torpeza que, en otro tiempo, enternecía a Mizhúyev, cuando ella se enredaba en los encajes de la falda, perdía el pañuelo o el bolso, y se sobresaltaba candorosamente por ello.

Bajaron hacia la orilla y, justo al final de la pasarela, se sentaron en un banco. Los golpes secos de las olas contra el muelle —una estrepitosa melodía sin fin que, no obstante, no impedía que se escuchara también un sonido parecido a un fino y sonoro cristal, una especie de cautelosa vocecilla— se precipitaban

incesantemente desde la inmensa masa de agua en movimiento, pulsando unas misteriosas teclas que despertaban recuerdos en lo más profundo del alma. De tanto en tanto, se levantaba un leve viento, depositando unas gotas minúsculas que cubrían el rostro y las manos como un polvo invisible.

Mizhúyev contemplaba en silencio el reflejo de la luna, que se agitaba sobre la superficie del agua, teñida de un metalizado color negro. Como siempre que dirigía la vista hacia la profundidad de la noche, un sentimiento de melancolía fue avivándose en su interior. Resultaba apenas perceptible, pero le hacía olvidar de golpe todo cuanto le rodeaba.

—Quería hablar contigo, Theodore —empezó a decir Maria Serguéyevna. Desde la primera palabra se podía apreciar el miedo que tenía de que él se enfadara, incluso a sabiendas de que no estaba prestándole atención.

Mizhúyev permanecía ausente. Parecía que, con el chapoteo de la ola que acababa de cruzar bajo la pasarela, no hubiera escuchado la débil voz de la mujer. A lo lejos, en la orilla alumbrada por la luna, se extendía una blanca línea de espuma que se derretía como la nieve; justo detrás, bullendo y creciendo, llegaba ya una nueva ola.

Maria Serguéyevna le miró con los ojos anegados de lágrimas que nadie vería y, tras dar un fuerte tirón a su pañuelo, se levantó.

—¡Esto es insoportable! —dijo, estremeciéndose de frío—. ¿Por qué me martirizas?

Él encogió obstinadamente sus anchos hombros, sin tan siquiera mirarla. Maria Serguéyevna intentó de

nuevo quitarse el pañuelo. Su cuerpo, que recortado contra el océano parecía extremadamente frágil, temblaba de pies a cabeza.

—¡No puedo más! —exclamó, elevando cuanto pudo la voz—. ¡No tienes derecho a despreciarme así! Solo porque no me resistí a tus millones, como tú dices...

—Yo nunca he dicho eso —objetó él, taciturno. La luna resplandecía sobre las olas en una miríada de estrellas azules que se agolpaban en el horizonte, como un misterioso y fantástico reino de luz que hubiera sido bruscamente cercenado de la oscuridad del cielo.

Maria Serguéyevna se quedó callada, abatida y perpleja. Sabía que él no paraba de decir cosas como esa y, pese a ello, su memoria se veía incapaz de atribuirle ni una sola palabra en ese sentido. Únicamente notaba que se hundía en el vacío, y se sentía tan débil que ni siquiera sabía cómo defenderse.

—Pero lo piensas. Lo sé... Incluso si así fuera, ¡tú te lo buscaste! —exclamó, llevándose las manos a las sienes—. ¡Qué precio he pagado yo por esos millones! Me han privado de mi alma, he aprendido a despreciarme a mí misma como si fuera la última de las criaturas, y además... Bueno, sea como quieras, pero yo ya no puedo seguir...

Volvió a quedarse sin palabras, limitándose a contemplar con impotencia las oscuras aguas.

—Si tú misma te desprecias de esa manera, ¿qué debo pensar yo de ti? —preguntó, por sorpresa, Mizhúyev.

—¡Ah! —gritó ella, aturdida.

Dejando caer por fin el pañuelo, que acabó en el mar, se cubrió la cara con las manos y se alejó casi a la

carrera, mientras sus piernas se enredaban en el largo vestido sacudido por el viento. Junto al agua, la figura de Maria Serguéyevna comenzó a dar imprecisos bandazos.

Mizhúyev siguió con la vista el pequeño trozo de tela, que se elevó sobre la cresta de una ola antes de desaparecer bajo el agua. Una extraña calidez penetró en su alma y, aunque le resultara imposible explicárselo a sí mismo con palabras, se levantó y alcanzó rápidamente a Maria Serguéyevna.

Al oír sus pasos, ella se detuvo de inmediato, pero no levantó la cabeza. Permaneció en la misma postura, con el rostro oculto entre las manos. Sobre los pequeños hombros inclinados destacaba la fina pendiente de su cuello.

—Marusia... Mary... —dijo Mizhúyev, confundiendo su nombre anterior y el actual, mientras la abrazaba—. ¡Perdóname! No pretendía ofenderte.

Mizhúyev esperaba que ella le rechazase y se mostrara distante. Sintió que, de ser así, ya no le quedaría nadie. En cambio, Maria Serguéyevna se limitó a estrechar su cabeza contra el pecho del hombre y a levantar tímidamente el rostro para ir al encuentro de sus labios, con los ojos agrandados por las lágrimas.

Cuando Mizhúyev vislumbró en ellos la expresión que tienen los niños y las mascotas cuando se les ha regañado y, a continuación, se les trata con ternura, el breve sentimiento de piedad que había experimentado desapareció como si no hubiera existido nunca, dejando en su lugar una creciente irritación. La besó con desgana, y apartándola ligeramente, dijo:

—No seas caprichosa, por favor. Al final, me resulta aburrido. ¡No acabo de comprender qué es lo que quieres!

Guardó silencio durante un momento, y añadió:

—Es hora de irse a casa.

Ella, aunque parecía querer decirle: «Perdona. Quizás no tengo razón. No sé... Me pareció que ya no me querías, y me resultó tan insoportable...», se limitó a acelerar el paso. Caminaron juntos, sin pronunciar palabra. La luna y el mar quedaron atrás; un enjambre de juguetones sonidos salía ahora a su encuentro. Sin embargo, algo seguía interponiéndose entre ellos.

De camino a casa, Mizhúyev sintió en la pierna el tacto del cuerpo de Maria Serguéyevna, que se dejaba notar tras la rígida tela de su pantalón. Como dibujado en tonos pálidos, vio *en silhouette* el abatido perfil de su pareja, y se preguntó qué les había pasado; a ese hombre que durante tantos años había suspirado por ella, temeroso incluso de pensar en sus caricias, y a esa mujer amable y hermosa que tanto amaba a su marido, a quien trataba de modo sencillo, como una hermana mayor, y que, pese a estar casada, parecía aún una muchacha.

II

Bajo el sol radiante, la costa había adquirido un tono dorado y el mar —verde y coronado de espuma junto al malecón, y azul, casi púrpura, en la lejanía— parecía haberse cubierto también por un destello de oro. Las lejanas montañas reflejaban el sol y el cielo, y las dachas salpicaban de blanco sus verdes cuestas como juguetes abandonados en la hierba.

En torno al gran jardín semicircular, la brillante muchedumbre del balneario avanzaba como un arroyo, fluyendo de modo tan homogéneo que resultaba imposible averiguar de dónde procedían todos aquellos vestidos, sombreros y rostros de ojos vivarachos. El gentío parecía crecer sin descanso, como una guirnalda de vistosas flores que se alargara vertiginosamente. Las palabras y las risas, entrelazadas en una refinada música de diferentes tonalidades, se fundían con el rumor de las olas, el acelerado ritmo de los carruajes y los cascos de las caballerías.

El coche ligero en el que circulaban Maria Serguéyevna y Mizhúyev se detuvo en seco, como si hubiera chocado contra un obstáculo invisible, junto a un negocio tras cuyos cristales de espejo resaltaban, igual que flores y pájaros exóticos, unos vistosos sombreros de mujer. Maria Serguéyevna, liviana y veloz,

como guiada por el viento, pasó volando directamente del estribo del carruaje a la puerta de la tienda. Mizhúyev descendió a la acera y siguió sus pasos, mirando al suelo.

Con serviciales tartamudeos, los almacenistas y las dependientas acudieron presurosos para auxiliar a Maria Serguéyevna, haciendo chancletear sus zuecos y prodigando sonrisas. Por un momento, dieron la impresión de ser un grupo de afables y joviales personas que rodeaban a una amiga muy querida, largamente esperada. En un instante, vueltas del revés como por la acción de un torbellino, se abrieron decenas de cajas. Cintas azules y rojas, como flores en la nieve, iban salpicando con su colorido una pila de sombreros blancos.

Acababan de salir esos sencillos sombreros de tela llamados «bebé», y a Maria Serguéyevna le acometieron unas ganas enormes de comprarse uno. Creía que ese sombrero le haría parecer una muchacha. Las dependientas y los almacenistas gorjeaban para parecer franceses, mientras a través de las puertas abiertas se colaban los rayos de sol. A Maria Serguéyevna, que estaba disfrutando como una niña de aquella colección de colores y modelos, se le iluminaban los ojos, rechazando algunos, contoneándose y riendo, sin dejar de moverse ni por un momento, bien mirándose de cuerpo entero en un espejo de grandes dimensiones, bien encogiéndose para ver su perfil en otro más pequeño. Y con cada nuevo sombrero, su rostro levemente rosado parecía cada vez más hermoso.

Mizhúyev, separándose del bullicioso grupito, se acomodó junto al mostrador y, tras colocar frente